

## Editorial

**B**ienvenidos al número 16 de *El ojo que piensa*. Una sorprendente coincidencia: sin proponernos un *dossier* sobre el género del terror o la representación de la violencia, el número contiene varios ensayos sobre el tema y resalta su importancia en filmes y filmografías de finales de los cuarenta, los años cincuenta y ochenta del siglo pasado. Maximiliano Maza centra su texto “Mutilación y deformidad como metáforas de la ciudad-monstruo en los melodramas negros de Miguel Morayta” en el análisis de *Hipócrita..!* (1949), *Camino del infierno* (1951) y *La mujer marcada* (1957). En su texto “Franken-cine o la estética de la abyección: Chano Urueta y el cine mexicano de terror de los años 50”, Valentina Velázquez-Zvierkova analiza la producción temprana en el cine de terror del director mexicano para detectar elementos del cine hollywoodense de terror, el expresionismo alemán y el melodrama mexicano.

“*Santa sangre*, influencias del *giallo* en la producción italo-mexicana”, de Alfonso Ortega Mantecón, abona al análisis de la representación de la violencia, mientras que Sergio J. Aguilar Alcalá propone la clasificación una serie de filmes del género en “Una expresión violenta: mapeando el cine de terror”. También la segunda parte del texto de Aliber Escobar “*Ojos bien cerrados*: la “sublime adaptación” de lo ominoso” hace un aporte a la estética de elementos de terror ya que el análisis de la relación del filme de Kubrick con la novela de Arthur Schnitzler lleva a la respuesta del espectador frente a los dispositivos tecno-estéticos de la película.

En cuanto al estudio del pasado se incluyen dos artículos que nacen de la necesidad de rendir homenaje a películas y autores mexicanos que han marcado época y perduran en el tiempo. “*Los caifanes*, pensada desde el guion. A 50 años de su estreno”, de Virginia Medina Ávila, parte del guion, escrito por dos narradores, uno literario y otro cinematográfico, para describir los cambios que sufrió el relato durante el proceso de

realización y postproducción. Un segundo homenaje dirigido a la animación tapatía lleva el título ***Sin sostén y Hasta los huesos***: animar y narrar lo local desde lo universal” en el que Annemarie Meier entabla un diálogo con el realizador René Castillo.

Interesante también que la sección Multimedia esté dedicada al pasado. Con su texto “Representaciones filmicas de aparatos, juguetes y espectáculos ópticos anteriores al cine: un recurso de autorreflexividad metaficcional”, Rocío González de Arce Arzave invita al lector a un *flash back* juguetón a la prehistoria del cine. En cambio, con “Radiografía del cine cubano: condiciones para la promulgación de una política cinematográfica” Susadny González Rodríguez propone abrir una importante ventana al futuro del cine cubano.

Dos artículos de las secciones de divulgación tienden puentes hacia la realización y difusión: “Vanguardias en la película ***Páramo***. Apuntes sobre el diseño de producción y la dirección de arte”, de Gabriela Landeros, describe el proceso de realización de un filme “hecho en Jalisco”. “Actividades formativas del festival Venezolano de Cine de la Diversidad (FESTIVQ)”, de Claritza Arlenet Peña, ofrece una visión panorámica del objetivo educativo del festival desde su fundación en 2011 hasta su edición de 2017.

Esperemos este número resulte de su entero agrado. Agradecemos la valiosa colaboración de los autores y dictaminadores, así como el apoyo de Marco Antonio Islas, Carlos Armenta e Impronta Casa Editora en el diseño editorial de la revista.

EDITORES DE *EL OJO QUE PIENSA*